

FRONTERAS

Con el inicio de la fase 1 en muchas provincias renacen las fronteras. Sobre todo, lo notarán las personas que vivan en pueblos que están a caballo de dos provincias o de dos zonas sanitarias. Una confinada, la otra no. Ayer el País lo mostraba en el caso del Cuervo de Sevilla (con parte del pueblo en la provincia de Cádiz) y el Pont de Muntanyana (en Huesca, pero con una pequeña parte en Lleida). No son los únicos. Para estas personas va aceptar las reglas que imponen estar entre zona 0 y zona 1 es ininteligible. La semana pasada en un nuevo ejercicio de manipulación, la TV3 dedicó 5 minutos a relatar la historia del pueblo de la Gornal, provincia de Barcelona, pero pegado a Bellvei, Tarragona. Habitualmente son un mismo pueblo. Con la norma de desescalar por provincias ambas zonas del mismo continuo urbano quedan separadas mientras dure la norma.

La gente se quejaba de la irracional frontera. La manipulación estaba en que la noticia se relataba culpando del problema al criterio de la provincia, una división territorial impuesta desde Madrid, en contra de las comarcas que es lo que defiende la Generalitat. El truco era obscuro: al final en Catalunya se ha tomado como referencia la región sanitaria. Y es obvio que con este criterio Bellvei i la Gornal seguirán separadas pues están adscritas a diferentes zonas sanitarias. Cualquier frontera es cuestionable. Suele ser más parecida y próxima la gente que vive a ambos lados de una frontera que la de otras partes del estado o región al que pertenece cada cual. Las fronteras son siempre convenciones, frutos de historias pasadas. No tienen nada de natural. Y generan conflictos e incomprensiones como las que se han manifestado estos días. El malestar de estas fronteras administrativas es hasta cierto punto trivial, pasará en un tiempo corto. Formará parte de las incomodidades que hemos tenido que soportar para esquivar la pandemia.

Pero hay muchas fronteras mucho más dañinas, mortales en muchos. Algunas forman parte de la ignominia humana del siglo XXI: el muro que encierra a los palestinos de Gaza y Cisjordania, la valla de la frontera Sur de Estados Unidos, la línea invisible que corta el Mediterráneo en dos, las vallas de Ceuta y Melilla... Las fronteras no son sólo barreras físicas. Son también un conjunto de normas que dividen a las personas en ciudadanos y extranjeros, con derechos unos, sin derechos otros. Estas fronteras han mostrado toda su irracionalidad e injusticia a lo largo de estos días: personas cualificadas residentes en España que no han podido ejercer en el sistema sanitario porque no se les reconocen títulos, personas sin papeles que malviven en trabajos precarios, que son explotados por empresas y particulares precisamente porque no tienen papeles y que han aflorado en masa en algunos barrios necesitados de todo, personas que no pueden venir a trabajar en faenas agrícolas porque no se las deja pasar... Deberíamos aplicar el malestar que nos producen las limitaciones a la movilidad en exigir el fin de estas fronteras injustas. Cuando menos la legalización de todas estas personas que conviven con nosotros, que desarrollan actividades útiles y que están condenados a malvivir mientras rijan las normas actuales. Los "palestinos" los tenemos en nuestro vecindario.